

Las Pachecas es un latifundio privado de tantos, del territorio peninsular, cercano a la población manchega de Argamasilla de Alba, cargado de polémica por proyectos como la construcción de un campo de golf (entre otros) allí entre chaparrales, reforestaciones, barbecheras y rastrojeras.

Se desarrolla, "mece" y mantiene el magnífico encinar de *Quercus ilex* y *Quercus rotundifolia* de Las Pachecas en una mezcla de sedimentos calizos, arcillosos, conglomerados de cantos rodados, finísimas vetas y concreciones travertínicas (de no mucha entidad las últimas), que delatan la existencia de lagos vestigiales, pertenecientes a episodios hidrogeológicos precuaternarios, tremendos pero apasionantes, y hasta es posible que exuberantes, ya que en aquellas fases se comenzaría a consolidar la base de nuestra biodiversidad.

Conforman este encinar, casi único en La Mancha (bastante respetado por la propiedad), masas arboladas abiertas y adheradas, con ejemplares de casi cuatro metros de circunferencia (a la altura de la mirada) y una altura de casi veinticinco metros (alguno), con semblante e indicadores de lo que fuera un extraordinario bosque, hoy muy aclarado, exigua sombra de lo que fuera antaño. No debemos olvidar que los encinares y otras plantas han existido y desarrollado por sí solos, antes de la aparición del sujeto humano.

Al ser terrenos de labor la mayoría (en los que habría que cuidar el laboreo en pendientes y cerca del árbol), estos fantásticos chaparros (como se dice por la zona) se alzan espléndidos y tranquilos, exentos de la competencia que les opondrían otras especies, pero no de la dura opresión que sobre ellos puede ejercer el ser humano (el peor de todos los elementos) en cualquier momento. Téngase en cuenta que cuando en España a la tala y explotación de los bosques no se le aplicaban muchas trabas administrativas, los montes fueron arrasados sin método ni miramiento alguno. En el preámbulo de un Real Decreto de 1 de noviembre

El fabuloso encinar de Las Pachecas

Salvador Jiménez Ramírez

de 1901, se puede comprobar cómo en la segunda mitad del siglo XIX se talaron más montes que en los setecientos años de Reconquista. De todos es conocido el comentario del duque de Almazán, en su libro de *La cetrería*, de que en tiempo de Juan II, una ardilla podía atravesar la península, de extremo a extremo, sin descender de las copas de los árboles, y Tomás Borrás en *España sin bosques* habla de un embajador extranjero que hizo un viaje a Granada para departir con los Reyes Católicos y decía que "desde Irún a Santa Fe, no he dejado de pasar por un interminable bosque". Felipe II, que no fue trigo limpio en todo (aunque la historia oficial lo ponga por las nubes), como los montes eran propiedad del Rey, decía en el año 1582: "Una cosa deseo ver acabada de tratar, y es lo que toca a la conservación de los montes y aumento de ellos ... temo que los que vinieren después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejamos consumidos, y plega a Dios que no lo veamos en nuestros días...".

El fruto de la encina, la bellota (la más dulce la de la *Quercus ilex*), rica en taninos e hidratos de carbono, ha sido alimento muy importante (exquisito manjar fue el pan de bellota) en la alimentación humana y por supuesto animal desde nuestra prehistoria. Asentamientos humanos allá por el Paleolítico, cuya ubicación carece de sentido, respecto de las agrupaciones masivas estantes actuales, estaban condicionadas a los encinares.

La cantidad de dióxido de carbono (CO₂) que absorbe anualmente una encina de unos cincuenta años (que transforma en oxígeno), aunque no se sepa con exactitud, podría estar próxima a la del alcornoque, que "inhala", para

su "respiración" y fotosíntesis, unos cuatro mil quinientos kilos anualmente. Según los expertos en este campo que han estudiado el papel que desempeñan las masas arboladas respecto del cambio climático (primordial es el fitoplancton de los mares), un kilómetro cuadrado de arboleda y matorral, catalogable como bosque, generaría unas mil toneladas anuales de oxígeno. Y el oxígeno que diariamente necesitamos cinco o seis personas lo produciría, cada día, una hectárea de árboles.

Aunque las superficies adheradas de Las Pachecas se podrían calificar, rodal a rodal, como zonas de considerable interés faunístico, en relación a La Mancha circundante, desprovista de arboleda, la variedad faunística no se desarrolla pareja a la estructura arbolada ni del matorral sino a las imposiciones humanas, encaminadas a la producción y aprovechamiento agrícola y cinegético. Si bien la variedad faunística es bastante aceptable en comparación con lo que se cuece y amasa en otras haciendas manchegas, incluida la población de rapaces que parece no estar muy acosada. La perdiz roja aquí no se asemeja a la de corral, con el amasado en las patas, ni el predio a un gallinero, como suele ocurrir en otros cotos, con la suelta de especies de granja sin control, por arrendatarios (y otros) que son auténticos "capos" cinegéticos, que hacen su agosto, introduciendo miles de gallináceas (gallinas), por haber exterminado lo autóctono, para que les salten de las plantas de los pies a los "carniceros" e inexpertos cazadores, que no diferencian una perdiz de una gallina ni un conejo de un gato de yeso. "Ahí va ésa, señorito, que la ha espantao mi hijo Perico...", decía un ojeador de perdices.

Como le tenemos cierto apego al retén de prevención de incendios de Ossa de Montiel, por el buen talante de sus componentes, en pro de la objetividad y libertad de expresión, cuando Franchó, Reyes, Sabas y Jesús debatíamos sobre las acciones, malas y buenas, de los grandes y pequeños hacendados respecto de nuestro medio natural, y sobre la mala y buena gestión de las administraciones, y que, cuando según correspondía, deberían ser premiadas o escarmentadas, Franchó no lo pudo evitar y en tono de muy en broma exclamó: "¡Por Dios!, no remuevas más cienos, que algún día nos despiden..."

Saltan largas, para poder sobrevivir, la torcaz, la ganga, la tórtola, el sisón y la avutarda. Arriba en la atalaya que conforma una pedriza un perdigón vigía tranquiliza con sus cañamoneos, cuchicheos, pitos o piñoneos al resto de la bandada y nos empieza a observar farruco, con visajes de enfado, por haber invadido su espacio. La astuta hembra vuela muy bajo y, escondidiza, se camufla entre unos matorrales.

Según la mitología de los pueblos del alba de la civilización, el sobrino de Dédalo, constructor del laberinto de Creta, se llamaba Aedo o Perdix. Comoquiera que el crío era incluso más ingenioso que su tío, éste lo despeñó desde un torreón, pero la diosa Minerva lo convirtió en perdiz antes de estrellarse, y desde entonces la sagaz perdiz, temerosa y cautelosa, no alza mucho el vuelo ni anida en los árboles.

En la antigüedad, las grandes encinas y encinares, se creía que eran salvaguardados por los dioses, a quienes también estaban consagrados: en Grecia a Zeus; dedicadas a Júpiter por los romanos; a Donar por los germanos, y muchos pueblos, al igual que el laurel, las ramas y hojas de encina, las emplearon como lauro de triunfo.

Las "manchas" de encinas de Las Pachecas son como los últimos cuarteles de las fuerzas de bosques y dioses de nuestras tierras montañas, de hace miles y miles de años.

Que diosas, dioses mujeres y hombres os protejan...

Cartas

Desde el silencio

Con todo mi respeto, a Luis Peráles.

Cuantas veces a lo largo del camino, en esa soledad del hombre y su conjunto, he preguntado a tientas, leve, como un susurro. Temeroso de hacer la pregunta protesta. ¿Regidor de los mares, pájaros y tormentas, donde tendré que irme para verte de cerca? ¿O es que estás tan lejano que la vista no acierta? Oleadas de gélido silencio a los huesos me llegan, me pongo de nuevo a caminar cansado de la espera. Mi soliloquio nadie puedo oírlo, puedo hacer burla amarga de mi ilusión grotesca. Estúpido me digo, pregunto estupideces, y a preguntas estúpidas, estúpidas respuestas.

Mas mucho mas allá del pobre pensamiento, en un lugar del alma donde la luz no llega, ajenas a la carne, los huesos, la materia, ininteligibles formas esencias de la idea, me cruzan por el alma, fugaces, sin estela. Y otra vez en mi errante caminar, soy el paradisiaco que llega sin llegar, aterido de frío, mirando las estrellas.

Es esta la conclusión del valedicto, que durante mucho tiempo me acompañó en mi día a día. Pero el espíritu no puede vivir eternamente desnudo, y en mi constante búsqueda recordé que cuando de niño en el campo quería alargar mi visión, buscaba un montículo donde encaramarme. Por ello me construí una atalaya en el sosiego, desde donde poder contemplar un paraje para

mí desconocido. Pude observar la puesta de sol, tantas y tantas veces inadvertida y carente de interés, pero ahora el sol se ocultaba lento, suave, despidiéndose a lo lejos sin un gemido, mientras la tórtola regresa volando a su escondrijo. El ciprés alarga y languidece su espiritual figura. El río aumenta y aclara su murmullo como un nuevo Arauca que surge del silencio, mientras allá en los álamos, los pájaros completan y terminan su dulce partitura.

Contemplé desde mi atalaya del sosiego la masa rugiente, entre el fatuo y neón de eternos espejismos, una riada humada de gritos e improprios, tratando de ocultar con su soberbia su tristísimo bagaje de indignancia, mas desde

ese desolado paraje y su conjunto algunos hombres marchan rectos, decididos, la conciencia de la mano, apretada fuerte muy fuerte, habilitando su espacio y su obra con una aureola de silencio.

Desde mi atalaya del sosiego he podido por fin ver, he podido por fin aprender, he podido ver que todas las cosas hermosas que he observado, todas proceden del silencio. He podido aprender que aquel infierno, aquel purgatorio, aquella gloria, que de niño me contaron, lo llevo guardado y sellado en mi mochila, y puedo quitar el sello que yo quiera, sin más condicionantes que mi libre albedrío.

Aprendí desde mi atalaya de sosiego que es muy difícil ser intérprete fiel del corazón, así

en las cosas sencillas de la tierra podremos ver nuestro lugar en el estado de las cosas. Aprendí desde mi atalaya de sosiego que gracias a aquella puesta de sol, a aquellas playas desiertas y remotas, cuyas olas suaves lamían tenues sus arenas blancas hambrientas de caricias, gracias a aquellos hombres que de mano de su conciencia lograron evadir el torbellino del ruido y de la prisa, gracias a todo esto aprendí desde mi atalaya de sosiego que sólo desde el alma se hace perceptible el eco del silencio. Y pude ver el lugar de avituallamiento en mi camino, lugar que no sólo servirá para nutrirme, también podré guardar en mi bagaje un poco de paz y esperanza.

José A. Jareño Navarro